

Carlos F. Toranzo Roca

Obreros y militares en Bolivia: un golpe frustrado

I

ANTECEDENTES

Analizar el país "bárbaro" de Los Andes, estudiar la recurrencia a los golpes de Estado, es una tarea de largo aliento que no podemos llevar a cabo en el estrecho margen que proporciona un artículo. Más aún, el objeto específico de este trabajo no es éste, ya que en las presentes líneas pretendemos solamente explicar el golpe de Estado perpetrado por el coronel Natusch Busch contra el gobierno constitucional de Walter Guevara Arze. El cumplimiento de este objetivo; sin embargo, nos obligará a dar referencias más o menos generales, para situar al país y ubicar su dinámica política. De este modo, podremos ir más lejos que aquellos que ven con sonrisa en los labios al país del estaño y lo consideran como nación de la eterna "anécdota" de los 182 golpes de Estado.

Bolivia, el "extraño" territorio de los golpes de Estado, está marcada por una debilidad extrema de su acumulación de capital; el desarrollo del capitalismo, si bien ha logrado imponer su dominio en suelo boliviano, no obstante, lo ha hecho de forma raquítica, sin imponer una profunda extensión ni una vasta profundización del mercado interno. Es por eso que, dentro del contexto latinoamericano, no cabe duda de que se trata de uno de los países donde las relaciones capitalistas de producción acusan una falta de vigor muy marcada. Un escaso sector de medios de producción, en especial de aquel que produce los elementos materiales del capital constante fijo, un débil sector de medios de subsistencia y una amplia producción mercantil simple de los campesinos independientes, son los rasgos salientes de la economía boliviana.

Ni en la fase que la CEPAL denomina de desarrollo "hacia afuera", ni en la del periodo de la "industrialización sustitutiva", se puede hablar de una pujante y amplia acumulación de capital; antes por el contrario, en ambas se plasma una dinámica reducida del aparato productivo de la sociedad, a pesar de existir algunas condiciones objetivas que permiten su dilatación más o menos pronunciada.

Sin el ánimo de caer en mecanicismo alguno, es preciso resaltar que en correspondencia con lo magro de la acumulación de capital, hallamos también una debilidad muy fuerte del Estado, así como

una imposibilidad de fortalecimiento de sus "aparatos" estatales. La historia boliviana, y de modo notorio la de las últimas décadas, es sinónimo de la falta de gestación de un Estado moderno provisto de fortaleza que imprima una mayor dinámica al desarrollo burgués; es ausencia de unificación nacional y es, naturalmente, la historia de la incapacidad burguesa para generar mediaciones estatales eficientes que soporten el funcionamiento ágil y, a la vez, estable de un capitalismo que se desenvuelva en el marco de una fuerte legitimación del orden social existente y de su instrumento sintetizador.

Cuando aseveramos la existencia de falta de dinamismo de la acumulación de capital, no estamos indicando únicamente que el "PIE industrial" sea más bajo que el "PIB agrícola", que la población del sector "terciario" sea muy desproporcionada en relación a la de la industria, tampoco nos limitamos a señalar que la "elasticidad de las importaciones", es muy elevada, ni muchos etcéteras más. Más allá de esas expresiones epidérmicas y cosificadas de la realidad social, lo que estamos ubicando, dentro de la mencionada acumulación de capital, es una relación social de producción, una relación de clases que muestra que la propia burguesía es también famélica.

Pero no hay que culpar al magro proceso actual de valorización del capital de que la burguesía boliviana sea "ratona", dado que ese proceso no es neutro, ni llegó a tener por la milagrosa mano divina la fragilidad que posee hoy en día; pues, como es sabido, lleva la marca de la clase que lo dirige, y por esa razón, la debilidad del desarrollo de las fuerzas productivas en su modalidad capitalista es resultado de la incapacidad de la propia burguesía que no supo alentar la transformación de la plusvalía en capital. Es el corolario de la falta de horizonte burgués de una clase que no pudo comprenderse a sí misma como la sustantivación de la necesidad de la reproducción ampliada del capital, del aumento incesante de la composición orgánica de dicho capital, del incremento de la productividad, de la revolución de las condiciones materiales del proceso de trabajo, etcétera. Es el producto de una clase que, de modo crónico, no pudo superar nunca su carácter segundón, de intermediaria consecuente y servil del capital imperialista. Es la consecuencia necesaria de la existencia de una burguesía –como dice René Zavaleta– con alma precapitalista; de una clase que, a pesar de que su presente es el trabajo ajeno no pagado, por lo que se nutre diariamente de la plusvalía extraída a los trabajadores, sin embargo tiene su mentalidad y su perspectiva en el pasado, razón por la cual tiene la voracidad por la inmediatez de la ganancia de hoy día, con lo que se corta ella misma las alas al ahogar el proceso de generación de la ganancia. Se trata de una burguesía que debe ser personificación del capital pero que, de modo contrario a él, no asume sus tendencias fundamentales y por ello se vacía de contenido y conduce a engendrar y desarrollar un capitalismo que no pasa de las modestas dimensiones macondianas, lo que la

obliga a ver de modo tranquilo y casi vegetativo cómo el hielo se derrite, cuando en otras latitudes la burguesía transforma la plusvalía en capital, por el solo hecho de licuar el hielo o de congelar el agua.

Estas características pueden utilizarse como elementos explicativos de por qué la burguesía no puede lograr por sí misma su unificación, por qué ella por sí sola no puede lograr la unidad en la formulación y conducción del proyecto burgués. De ahí que precise, de manera ineludible, del ejército y, en general, de las fuerzas armadas para cumplir ese objetivo. Es y ha sido el instituto castrense el que tradicionalmente desempeña el papel unificador de las distintas fracciones de la burguesía y, asimismo, el encargado de señalar el camino burgués por el cual debe transitar la clase que posee ese contenido. Sin embargo, los militantes y su institución, en tanto aglutinadora de los sectores burgueses, han cumplido el papel mencionado en favor de los intereses no de la burguesía "nacional", sino en beneficio del capital imperialista enquistado en el país. Es obvio que esto no debe sorprendernos, porque es mucha la inocencia que exige peras al olmo; no obstante, es necesario reafirmarlo para que quede precisada como una de las marcas que señalan la actuación de las Fuerzas Armadas, que especifican su incorporación totalmente funcional al proceso capitalista de producción del que surgen y al cual sostienen.

Si en el plano de la economía se puede hablar con cierto rigor de leyes de regularidad, en el terreno de la política se debe avanzar con mucha más cautela; en ninguno de los dos son válidas las explicaciones mecánicas, pero, en el segundo se precisa ser mucho más sutil en el análisis. De esa manera, sería un desaguizado plantear que a la debilidad de la burguesía le corresponde por "lógica" consecuencia la debilidad del proletariado boliviano; por el contrario, la realidad concreta del movimiento social del país andino demuestra que, si bien el marco de la acumulación de capital es endeble y, por ello, el número de los asalariados es reducido, sin embargo la clase obrera se ha ido conformando políticamente como una de las más avanzadas del continente, con una fortaleza y unidad que es poco frecuente dentro del movimiento político de las clases explotadas.

El proletariado boliviano puede ser considerado como una clase joven, cuya juventud y vitalidad provienen de las modalidades específicas de experiencia política que han desarrollado a lo largo de su historia; aludimos, básicamente, a las últimas cuatro décadas. Hemos afirmado que su marco de desenvolvimiento es el de una valorización del capital endeble, de una burguesía débil y de un Estado atrasado que no posee suficientes instrumentos de mediación estatal que le permitan movilizar a los sectores populares tras de él. Bajo estas condiciones, el movimiento proletario y sus aliados no pudieron educarse en el marco tradicional de las democracias burguesas "clásicas" y estables, vale

decir, no pudieron nunca beber de las fuentes del parlamentarismo, ni conocer lo que son las "delicias" de la formación política en el voto y en las urnas; siempre les estuvo vedado el camino de la educación electoral.

Para la clase obrera, la única posibilidad práctica de desarrollarse y educarse fue el enfrentamiento directo con la clase dominante y, en especial, con el aparato represivo de la burguesía; se vio forzada a tener por escuela las calles, manifestaciones, huelgas, dinamita, fusiles, toma de rehenes y una serie de métodos de lucha en los que estaba involucrada toda la clase o la mayoría de ella, por lo cual, de manera imperceptible, estuvo labrando su camino hacia la insurrección popular, arrastrando en esa dirección a las masas de los explotados. Se trata de una clase que, en lo fundamental, no pudo tomar los cursos de política dentro de los "aparatos" que para tal efecto le pudiera proporcionar una democracia burguesa; antes bien, frente a la ausencia de ellos, tuvo que forjarse sus propios mecanismos de educación y de lucha. Por ello es que el sindicato, las federaciones sindicales, sus centrales obreras y, obviamente, sus partidos –que fueron los impulsores de las organizaciones mencionadas– son los centros básicos donde surge su alfabetización política.

Pero importa resaltar que la captación de sus intereses de clase y, por ello, de su papel histórico, no proviene exclusivamente de las discusiones teóricas que se hayan realizado en las reuniones sindicales o en las células partidarias. No se trata simplemente de eso, sino básicamente de la lucha directa contra la clase dominante y contra sus instrumentos de dominio. Podemos decir que estamos ante un caso en que la teoría y la práctica se van uniendo en la praxis revolucionaria de esta clase explotada, logrando la fusión de la teoría revolucionaria con la acción concreta. Son esos elementos los que permiten al movimiento obrero boliviano ser ratificador del marxismo y, a la vez, ser instrumento creativo del mismo, demostrando que éste no es teoricista ni empirista, sino que es la teoría hecha acción, por lo que esta última es uno de los canales enriquecedores de la teoría. Vale decir, que es praxis revolucionaria de transformación social.

La tradición de lucha del proletariado boliviano, su enfrentamiento directo constante con el dominio burgués y el resguardo militar del Estado capitalista, se dio siempre en el marco de una violencia extrema, en el cual no es una mera fórmula el que la violencia revolucionaria –pero de las masas movilizadas en torno de la clase obrera– es la única modalidad de respuesta a la violencia reaccionaria, esto es, en una práctica de lucha en que no es admisible la utilización del guante blanco. Este tipo de experiencia política condujo a que el nivel de conciencia del proletariado se elevara de modo muy marcado, pues era difícil la existencia de mistificaciones o de velos oscurecedores que ocultaran el

verdadero carácter del Estado burgués y de su soporte represivo de uniformados. Estos últimos fueron visualizados, de modo paulatino pero seguro, como los elementos que hay que superar y destruir para construir una verdadera democracia.

El terreno en que se desenvolvió la lucha obrera condujo a los obreros de un modo casi natural, a encaminarse por el sendero de la independencia clasista, por el camino negador del colaboracionismo de clases. En una sociedad que se va polarizando como resultado de sus tendencias más íntimas, en la que el enfrentamiento social sólo puede darse sin concesiones, el proletariado –a través de sus organizaciones políticas– está obligado a dar una respuesta en consecuencia y esto realmente aconteció en el caso boliviano, puesto que el principio de independencia de clase (incluido el rechazo al colaboracionismo) está suscrito no sólo en los documentos políticos del movimiento obrero, sino que tiene presencia, fundamentalmente, en la retina y en la práctica concreta de una clase obrera que se acostumbró a ejercer tal independencia, considerándola como parte inalienable de su vida misma.

Por un lado, las Fuerzas Armadas deben oficiar como instrumento de unificación y representación de las fracciones dispersas de la burguesía; por otro lado, en cambio, es el proletariado el que debe cumplir el mismo papel respecto de las masas populares explotadas. Los sectores burgueses, pues, hallan su elemento nucleador en el ejército y los explotados en la clase obrera. Pero las condiciones para desempeñar los papeles son harto disímiles, debido a que la esencia del Estado y las condiciones de organización de su aparato estatal allanan el camino a la institución militar para cumplir a cabalidad la tarea que comentamos. Por esa misma esencia de las sociedades clasistas y, más todavía, por la que corresponde a su forma más desarrollada –la capitalista–, la situación del proletariado no es nada privilegiada, debido a que se encuentra obligado a efectuar una tarea paciente, combativa y disciplinada para ser el que comande a los explotados en contra de la burguesía y de su Estado.

La conversión de la clase obrera en el caudillo de las masas sólo es factible a condición de que incorpore a su movimiento a lo más importante de las clases explotadas, cosa que sólo puede lograr a condición de convertir en organización su tendencia al cambio de la sociedad. Únicamente de manera organizada puede movilizar tras de sí a las masas, y solamente de esa forma puede ser fiel portavoz de los intereses populares. Las últimas cuatro décadas de nuestra historia son años en los cuales se va desarrollando de manera progresiva este proceso de conversión del movimiento obrero en dirigente de la lucha política de los explotados, son tiempos en los que se va construyendo la organización de clase. En este proceso, son hitos para la comprensión del movimiento proletario y de la lucha política boliviana, la actuación que en ellos tuvieron la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia

(FSTMB) y la Central Obrera Boliviana (COB).

La presencia de estas organizaciones en el quehacer político nacional corresponde a las condiciones objetivas de desenvolvimiento que hemos perfilado en líneas anteriores. Pero, de modo dialéctico, a la par que surgen, también empujan al movimiento popular en su enfrentamiento organizado contra el Estado burgués y sus instrumentos de dominio. La clase obrera, como dijimos antes, no se puede educar en la política de un modo amorfo y exclusivamente espontáneo; antes bien, se desarrolla y disciplina no sólo dentro del ente fabril, que es el momento objetivo para ello, sino también dentro de sus organizaciones, que son las que deben rescatar de modo creativo la espontaneidad de las masas, para lograr una; acción racional de transformación radical de las relaciones Sociales de producción. Las organizaciones deben impulsar a la clase y ésta controlar y dinamizar sus mecanismos de expresión. Es, precisamente, un acercamiento a esto lo que aconteció con la práctica política concreta de la FSTMB y de la COB.

Su tradición de lucha, su combatividad, su independencia de la burguesía, su escepticismo ante la democracia burguesa y sus instituciones, su mirada recelosa del ejército son las características que le dan especificidad y personalidad propias a dichas organizaciones. Todos estos caracteres, a la vez que son impuestos por la clase a la organización, son cimentados y elevados a nivel de conciencia política por el instrumento organizado que las difunde en la propia clase de la cual provienen. Lo planteado hasta aquí, podría dar la impresión de que por sí solo el instrumento sindical impulsó y forjó al movimiento proletario, cosa que evidentemente no es cierta y nos remite a uno de los fenómenos claves de la política boliviana y de su movimiento obrero en especial. Me refiero a la dialéctica sindicato-partido existente en el país andino.

Uno de los elementos sustantivos de la práctica revolucionaria proletaria boliviana es la singular forma de imbricación existente entre el trabajo político realizado en el seno de los sindicatos y la labor ejecutada en la organización partidaria. Para nuestro caso concreto, podemos aseverar que el poderío sindical no se desarrolla por obra y gracia del espíritu santo, sino que es resultado de la actividad partidaria desplegada en su seno. Los sindicatos bolivianos no son resultado del movimiento nebuloso de la masa; por el contrario, son consecuencia del trabajo político partidario efectuado en ellos. La voz y expresión de los sindicatos son de una u otra forma manifestaciones de los contenidos políticos que les imprimen los partidos. Su claridad, fuerza e importancia en la definición de la vida política provienen del hecho de que son difusores de un pensamiento y una interpretación partidaria que, en el momento coyuntural concreto, captan con corrección el movimiento de la realidad social y que ante tal

circunstancia conducen por senderos acertados la acción sindical.

Como justa contraparte, el partido, para tener realidad y fortaleza, requiere estar presente en la masa obrera y popular, pudiendo estarlo solamente a través de la mediación sindical. En Bolivia, partido político que no tenga presencia en la FSTMB y en la COB, partido que no puede ufanarse de tener vigencia en las masas. Así como la organización partidaria mueve y conduce al sindicato, éste tiene la posibilidad –hecha siempre realidad– de modelar la conducta de sus gestores, esto es, del partido. No en vano las decisiones de la Federación de Mineros y de la Central Obrera Boliviana deben ser acatadas y cumplidas por los partidos políticos, so pena de alejarse de las masas y, por tal motivo, negarse ante ellas. No obstante, sindicato y partido no están colocados en un mismo nivel y, por lo tanto, la explicación de la dialéctica entre ellos no quiere decir que ambos sean por igual el elemento decisivo de la política revolucionaria. Hay, naturalmente, como en todo fenómeno dialéctico, un elemento dominante y ése no es otro que el de la acción partidaria; pero su dominio no se impone de modo mecánico, sino que está permeado por la conducta sindical que lo dinamiza. En este sentido, se da una relación que no presenta como elementos equivalentes a la FSTMB y la COB respecto de los partidos; por el contrario, expresa la diferencia entre ellos, dado que éstos trascienden los marcos limitados de la acción sindical, rebasan su marco reivindicativo y trasladan la actividad política hacia el cambio y negación radical de la sociedad. Hay que tomar en cuenta que se trata de elementos diferentes dentro de una misma unidad, que es la lucha revolucionaria boliviana; la misma que demuestra que el respirar de sus organizaciones sindicales es la expresión del funcionamiento de los pulmones y el corazón partidarios.

Podrá haber organización política que tenga clarividencia sobre qué hacer en Bolivia, pero si no está inmersa dentro de la masa, por medio de los canales señalados, quedará con toda su claridad hermosamente depositada sobre un escritorio, sin influir para nada en el movimiento político de la clase obrera y, como tal, no poseerá vigencia alguna en la vida proletaria. Esta exigencia ineludible de presencia dentro de las masas es la que puede hacer inteligible por qué en los momentos culminantes del desarrollo político boliviano pueden unirse el agua y el aceite; ese es el nudo problemático de exégesis de por qué en dichos instantes podemos encontrar unidos a pequineses, moscovitas, trotskistas y otros sectores de la izquierda tan disímiles entre sí.

Es bien sabido que en toda América Latina el problema de la unidad de las fuerzas revolucionarias es uno de los núcleos de discusión más candentes y difíciles de resolver. Ineludible, por cierto, porque sin ella no se puede pensar en la revolución como algo posible. Sin embargo, es en las experiencias

concretas donde podemos hallar elementos de riqueza incomparables, que auxilian a la asimilación crítica de los ejemplos existentes. Ya Nicaragua, por medio del Frente Sandinista de Liberación Nacional, nos dio una valiosa lección sobre ello. Bolivia –creemos– tiene, por otra vía, su experiencia particular de unidad que amerita ser estudiada, y pensamos que para su comprensión es imprescindible analizar su práctica política concreta, misma que se mueve dentro de una singular forma viviente de la dialéctica entre sindicato y partido político.

Por lo que hemos visto, en la sociedad boliviana se va marcando una polaridad que ubica en uno de sus extremos a las Fuerzas Armadas como factor representante y unificador de la burguesía; no únicamente como último reducto o como solución extrema, utilizada por las debilitadas y dispersas fracciones burguesas, sino como la cotidiana "receta" que disuelve, por lo menos de momento, los problemas de esta clase que, por sí sola y sin la intervención de los uniformados, no tiene la capacidad de enfrentar las tareas que le corresponde desarrollar. De esta manera, no se puede formular que la intervención militar conduzca a la implantación de una situación de excepción en el territorio boliviano, sino que, por el contrario, plasma uno de sus caracteres de normalidad. La presencia del instituto castrense en el ejercicio del gobierno, puede significar la existencia de la más brutal dictadura o ser expresiva de la modalidad más democrática que pueda admitir la forma capitalista de organización de la sociedad.

El abanico de posibles envolturas gubernamentales a que puedan tener acceso el ejército y las Fuerzas Armadas, como detentadoras de las alturas dominantes del Estado, está dado por la correlación de fuerzas existentes en la sociedad. Si la correlación está en favor de los sectores populares y democráticos, no es nada extraño que el aparato militar se vea obligado, por las circunstancias específicas de la lucha de clases, a presentar –aun en contra de su voluntad y esencia más íntimas– un gobierno en consecuencia, esto es, que desdeñe por el momento su característica dictatorial y que adquiera determinados aires democratizantes.

Una ejemplificación de lo afirmado –muy cercana en el tiempo– la tenemos en el caso del gobierno del general Juan José Torres y en su propia figura personal, que sólo se puede entender y explicar como consecuencia del surgimiento y desarrollo de las condiciones de efervescencia popular que condujeron a la reorganización del movimiento obrero, al final de la década de los sesentas y al inicio de los setentas, mismas que posibilitaron la realización de los Congresos de la FSTMB y de la COB, así como también la construcción del Comando Político del Pueblo, que sirvió como instrumento de rechazo organizado al intento de golpe de Estado militar de forma dictatorial que cortaba el marco en el cual se

desenvolvían esos avances políticos. De esa manera, el gobierno democrático de Torres no debe ser entendido como el elemento causal que conduce y propicia la organización de la Asamblea Popular, ni como el elemento generador y cultivador del proyecto de clase de los trabajadores que existía dentro de dicha Asamblea.

Por el contrario, es el desarrollo de la lucha popular y la gestación de los gérmenes de democracia en las masas, es decir, la efervescencia política de los explotados, lo que vuelca a su favor la situación concreta del enfrentamiento de clases y que, por lo tanto, tiene que penetrar, de manera diferenciada, en las distintas fracciones de las Fuerzas Armadas. Unas –las menos– estarán dispuestas a tener una conducta más o menos acorde con el momento político; otras –las más–, atemorizadas por la coyuntura, se verán obligadas a recular en sus intentos derechizantes, a los cuales no renuncian pero, por razones tácticas, se ven compelidas a postergar. En su conjunto, las contradicciones sociales, y su penetración concreta en las Fuerzas Armadas, permitieron la existencia de un gobierno de la naturaleza y de las características democratizantes como el de Torres. En suma, éste –como forma gubernamental y como persona– se hace inteligible como producto de las condiciones específicas de la correlación de fuerzas, favorable al movimiento popular a que condujo la lucha obrera organizada.

Sin embargo, queda en pie el intento de mistificación de la realidad que pretenden hacer algunos apologistas "izquierdistas" de las fuerzas militares, cuando plantean, de manera interesada y mecánica, que las condiciones políticas de desarrollo de la Asamblea Popular, y el proyecto de clase existente en su seno, se deben a un donativo gratuito efectuado por el gobierno de Torres a los explotados, sin darse cuenta de que son, más bien, las condiciones especiales de fortaleza del movimiento obrero y popular las que explican la existencia de Torres. No obstante, para no caer en posiciones de simplificación extrema de la realidad, debemos cuidar de señalar la relación dialéctica que existe entre este tipo de gobiernos y el movimiento político desarrollado por los sectores obreros y populares, puesto que es precisamente bajo estas circunstancias de relativa libertad y democracia que se puede dinamizar y profundizar de manera amplia la lucha de los explotados por la consecución de sus objetivos estratégicos, dado que son estos momentos coyunturales los que mayores facilidades presentan para el acercamiento a los mencionados objetivos.

Por lo que se analizó hasta aquí, se da la posibilidad de afirmar que la cercanía de las Fuerzas Armadas al manejo del aparato estatal es bastante grande; dado que esa proximidad acontece, ya en los casos en los cuales la correlación de fuerzas favorece al movimiento democrático, ya en las situaciones en las que la balanza de la lucha de clases se vuelca a favor de los intereses reaccionarios. Más aún, esa

vecindad a la utilización del aparato estatal es una de las necesidades impuestas por la debilidad y el fraccionamiento de la burguesía, que hacen que la intervención del ejército en el proceso social sea exigida por las propias condiciones objetivas. En este sentido, si alguna constancia o ley de regularidad podemos ubicar dentro del instituto castrense es, naturalmente, su tendencia golpista, siendo ella una de las claves explicativas –restan otras– de la frecuencia con que se producen golpes de Estado en el país andino. Es, entonces, una esperanza cargada de inocencia infantil, que no se asienta sobre la realidad, aquella de muchos sectores políticos que ansían ver a la organización militar envuelta dentro de la aterciopelada conducta de la "institucionalidad", cuando esta última es un territorio desconocido y ajeno a la práctica política de los uniformados bolivianos, razón por la cual no puede ser invocada –salvo por quienes poseen demasiado utopismo en el alma– como el futuro hacia el que debe dirigirse el ejército y las Fuerzas Armadas en su totalidad. En suma, el golpismo no debe ser considerado como un funcionamiento anómalo de la sociedad boliviana en ciertos periodos coyunturales, sino que, por el contrario, debe entenderse como la "normalidad" que toma carácter de ley de movimiento de la sociedad andina, marcando así su especificidad.

No obstante, lo específico de la dinámica social boliviana no puede ser únicamente el conjunto de "penurias" y "avatares" por los cuales debe pasar la burguesía para lograr su unificación. Al contrario, la comprensión totalizante de la sociedad nos señalará que esos "sufrimientos" de la clase capitalista tienen bastante que ver con la actuación política que tiene el movimiento obrero en nuestro país. Vale decir, que no se puede analizar un fenómeno contradictorio, tomando en cuenta solamente uno de los elementos de la contradicción. Ya, a lo largo del artículo, hemos pretendido señalar las particularidades de ambos; en tal sentido, debemos recordar que lo que marca con sello propio a la clase obrera boliviana y a las masas explotadas que reciben influencia de ella, es el tipo de experiencia y acción políticas que han desarrollado a lo largo de su historia. Éste es uno de los fenómenos básicos que define con sus múltiples determinaciones el funcionamiento de la dialéctica del enfrentamiento de las clases en la nación minera.

El movimiento obrero y popular, ha ido demostrando en la realidad de su actuación política que posee una clara tendencia a rebasar al Estado que lo sojuzga. Tiene pues dentro de sí, incubándose, los gérmenes de la democracia real, misma que sólo puede ser considerada como el derecho a dirigirse por sí mismo. El desarrollo histórico de la política de los explotados del país nos demuestra insistentemente que ese incubamiento pasa a la realidad de la acción práctica, en un proceso que permite avanzar y clarificar el enfrentamiento contra quien se constituye en su enemigo principal. La clase obrera

boliviana, en virtud de esa tendencia a rebasar al Estado, lo que hace no es otra cosa que explicitar su lucha directa y constante frente a la burguesía y, por lo mismo, tiene también una cristalina tendencia a enfrentar y destruir al ejército (dado que éste, y más todavía en Bolivia, es el instrumento nucleador de la clase capitalista).

En "justa" contraparte, en el ejército se define una tendencia a destruir a la clase obrera organizada; de modo más particularizado y buscando dar mayor concreción a lo que planteamos, debemos indicar que la contradicción de clases burguesía-proletariado, en su especificidad boliviana, se sustantiva en el enfrentamiento, regular y normal para los altiplánicos, entre el ejército y la Central Obrera Boliviana (así como en las acciones contra la Federación de Mineros, que es el pivote organizativo de la COB. Al decir esto, recordamos al lector la forma de relación existente entre la COB-FSTMB con los partidos políticos; por lo que la radicalidad de las Fuerzas Armadas para destruir esas organizaciones sindicales debe ser comprendida también como el intento de ruptura de los partidos y de la acción que ellos desarrollan por intermedio de los mencionados instrumentos.

Los gérmenes de democracia real que tienen dentro de sí la clase obrera y los explotados del país, los orienta a enfrentarse y rebasar al Estado, así como a destruir su aparato militar. Sin embargo, el que ello sea evidente, no autoriza para afirmar que el movimiento obrero y popular haya tenido siempre una clara conciencia socialista y, por eso, que su meta haya sido la instauración de una forma estatal que implique la dictadura de su clase. Por el contrario, es el proceso de su reiterado conflicto directo con el Estado y su resguardo de uniformados, el que le ha permitido ir incrementando su nivel político, hasta llegar a convertir su intuición de la libertad en la necesidad de la democracia proletaria. Su comprensión general de lo imprescindible de la libertad, pudo plasmarse, en un momento histórico determinado, en la eliminación de la oligarquía minero-terrateniente, por la vía del aplastamiento del aparato militar de la misma, destruyendo por las armas al ejército organizado.

No obstante, lo anterior no fue suficiente para derrumbar de raíz toda la maquinaria del Estado mismo, ni para generar la democracia obrera. Al cabo, la clase obrera tenía ante sí un nuevo y mejorado aparato estatal, y una organización militar que la reprimía más que en el pasado; su lucha por la libertad había devenido, en la situación concreta de los gobiernos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), en una depurada explotación de clase y en una fortificación del conjunto de la burguesía. La clase obrera pudo captar, a lo largo del periodo de los gobiernos emenerristas, cómo el nacionalismo revolucionario tiene una inviabilidad práctica para conducir a la democracia real, debido a su contenido burgués, por lo cual tarde o temprano se torna violentamente antiobrero y servidor obsecuente del

capital financiero internacional. Es, pues, el fracaso del nacionalismo revolucionario lo que permitió, en Bolivia, el cambio en la conciencia de los explotados; lo que condujo a la comprensión de la democracia proletaria como el lugar donde se consuma la libertad real de clase.

El proceso de avance y de educación política de la clase obrera y de sus aliados, adquirido en la lucha cotidiana contra la burguesía y sus instrumentos, ratificó su tendencia a rebasar al Estado y a destruir su soporte militar. Ahora se añadía un cambio cualitativo, la incorporación a su conciencia de una perspectiva más clara de clase, es decir, la definición de una tendencia hacia el socialismo. En términos gruesos, un proletariado que pretende enfilarse hacia una democracia real no puede tener una conducta política adormecedora y somnolienta, sino que, por el contrario, enfila activamente sus baterías de lucha contra todo lo que sea negador del camino a la democracia. Su experiencia y práctica políticas así lo demuestran, ya que de modo reiterado se enfrentan radicalmente con todos los intentos burgueses –cobijados con la máscara militar– de entronizar dictaduras en la cúpula del aparato estatal boliviano.

Si por el lado de la burguesía encontramos una serie de elementos que hacían necesaria la cercanía del ejército al uso del aparato estatal y, por ello, la tendencia golpista de las Fuerzas Armadas, por el lado del proletariado encontramos una tendencia al socialismo, misma que en lo concreto se manifiesta como una lucha abierta y radical, contra el Estado y su aparato militar, lo que conduce a la destrucción de variados gobiernos militares de carácter dictatorial que pretenden echar raíces en la sociedad boliviana. El proletariado marca así una tendencia a expulsar a los uniformados de la utilización de las alturas dominantes del Estado, misma que –bajo ciertas condiciones especiales de correlación de fuerzas favorable al movimiento obrero y popular– puede obligar a los militares a que por motu proprio abandonen el uso del gobierno, creando así condiciones objetivas para que pequeñas fracciones castrenses, más penetradas por la necesidad de democracia existente en las masas, pretendan "donar" al movimiento popular pequeñas cuotas de la libertad por él exigida, realizándolo también por la tradicional vía del golpe de Estado, con lo cual confirman --a su manera– la tendencia golpista de las Fuerzas Armadas. El golpismo no obedece en absoluto a una conducta tozuda y caprichosa de algunos uniformados, ni a las veleidades subjetivas que puedan tener por el poder, sino que dimana de la forma particular con que penetran la institución "tutelar de la patria" las contradicciones de la lucha de clases en la sociedad boliviana. Las Fuerzas Armadas –y el Estado– son parte integrante de la dialéctica social, y no una emanación celestial que se coloca por encima de las clases.

La conducta política del fuerte movimiento obrero y popular se ubica, entonces, como otro de los

principales elementos explicativos de la extrema fragilidad de los gobiernos que se instalan en nuestro país, y de la propia anemia del Estado burgués, que se encuentra ante la existencia continuada de profundas crisis, cuya resolución contradictoria podría reforzarlo en algunos escasos momentos coyunturales, pero que en la perspectiva más general conducen a su debilitamiento. El desarrollo y la profundización de la contradicción de clases conducen en sus alturas críticas a enfrentar a las Fuerzas Armadas y la COB-FSTMB, cada una de ellas como portadora sustantivada de la voluntad colectiva, tanto de la burguesía como del proletariado y de sus aliados populares. Es por ello que no debe extrañar para nada que los militares pretendan destruir siempre esas organizaciones, y éstas, por su lado, en los instantes culminantes de la lucha política, se dirijan hacia la eliminación del ejército. Cuando ni una ni otra cosa acontece, quiere decir que el problema del poder no ha quedado resuelto. Entonces, el retorno de los militares a sus cuarteles o la vuelta de la clase obrera a sus recintos organizativos –sindicales y partidarios– no son más que expresión de la preparación de las condiciones que permitan volcar la balanza de la correlación de fuerzas en favor de uno de los polos de la contradicción social, para asistir así fortalecidos a la batalla que imponga o que defina el dominio de uno de ellos.

II

Para hacer comprensible –lo que también de manera risueña plantean los observadores internacionales de este país ininteligible, "sin pies ni cabeza", sin apego a ninguna racionalidad– el golpe del coronel Natusch Busch y la respuesta obrera que lo desarticuló, dimos en la primera parte de este trabajo una explicación breve de los aspectos generales y de las tendencias políticas más gruesas del movimiento social boliviano. Ahora nos toca referirnos a los aspectos más concretos del hecho, lo que requiere que expliquemos de manera sucinta los antecedentes particularizados que condujeron al mismo.

DICTADURA BANZERISTA y LUCHA DE CLASES

El marco en el cual se consuma el golpe banzerista que conduce a la instauración de un gobierno de carácter dictatorial, se ubica en una situación en la que existía un fuerte ascenso de masas en América Latina, el cual en Bolivia mostraba por parte de la clase obrera un cuestionamiento del carácter del Estado y empujaba hacia una solución estatal diferenciada de la burguesa. Este proceso, de carácter interno, atemorizó y logró unificar a las diferentes fracciones de la burguesía, que pudieron arrastrar tras de sí a un conjunto de sectores de clases medias y a no pocos grupos campesinos en contra del proyecto "comunizante" de la Asamblea Popular. Por su parte, el imperialismo alentó a la burguesía, así como a su instrumento unificador militar, a la consumación del golpe de Estado, no en contra del

gobierno del general Torres, sino básicamente en oposición al germen del proyecto de poder obrero que existía en la Asamblea Popular.

Es profundamente erróneo plantear que el golpe de Estado que instituyó el banzerato, haya sido un *putsch* a secas, ausente de apoyo y de base social. Esa postura sólo puede corresponder a quienes únicamente de manera emocional rechazan la dictadura militar. Una mirada que sin enfriar el corazón tenga la cabeza fría, podrá mostrarnos cómo había una fuerte base social para su realización). La contradicción de clases, que llegó a su clímax, ubicó en el polo burgués a todas sus fracciones unificadas tras el aparato militar, el cual en su casi totalidad no presentaba agrietamiento alguno. La clase capitalista, con el poder real en sus manos, debido al control del Estado –Torres apenas controlaba de modo parcial el gobierno–, pudo aglutinar a gran parte de los sectores medios de la sociedad, así como a la mayoría del movimiento campesino.

La burguesía de modo orgánico poseía, para la realización de su tarea, dos instrumentos valiosos: el ejército como su punta de lanza armada, y el apoyo y la cobertura civil del nacionalismo revolucionario, en la figura partidaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Víctor Paz Estenssoro y de la Falange Socialista Boliviana (FSB). Estos últimos ingredientes constituían el soporte civil real del golpe, dado que el MNR agrupa en torno suyo a varias fracciones de la propia burguesía, a vastos grupos medios y a la mayoría del campesinado nacional. Tanto la institución castrense como los partidos involucrados en la acción contaron con el apoyo decidido, "contante y sonante", del imperialismo norteamericano que tuvo que erogar modestas sumas –dadas las condiciones internas– para lograr el acto golpista. Mientras tanto, en el otro extremo se ubicaba un proletariado casi aislado, que contaba con un débil apoyo de las clases medias asalariadas y con muy pocas fracciones campesinas, por lo que se encontraba en una situación política de marcada fragilidad para dirimir por la vía violenta el problema del dominio del poder. Esta configuración de la contradicción de clases remató en el triunfo del golpe de Estado militar· civil.

A pesar del gran aparato de fuerza del golpismo, éste no logró destruir físicamente al movimiento obrero, puesto que luego de los combates efectuados en las principales ciudades del país, la clase obrera evaluó la correlación de fuerzas y llevó a cabo una retirada táctica a sus centros de trabajo, optando por defender las garantías democráticas; en primer orden el respeto a sus instrumentos sindicales. Con base a ese movimiento táctico, pudo ir poco a poco encaminándose a su reorganización, logrando una efectividad importante en la movilización de resistencia a la dictadura. Vale decir que el banzerismo para el país andino no significó, de ninguna manera, un congelamiento de la lucha de

clases, antes bien, fue la demostración de la experiencia política del movimiento proletario, que se adecuó al momento político a través de métodos de lucha diferenciados –que no son negadores de sus finalidades estratégicas– para enfrentarse al dominio burgués en circunstancias dictatoriales y lograr así, de modo palpable, su reorganización sin la renuncia a sus tendencias esenciales.

El polo burgués que agrupó a sus fracciones y atrajo a otros sectores sociales precisaba, para mantener tal unidad, un proyecto económico que asegurase condiciones de "equidad" en el reparto de los frutos de la acumulación de capital, es decir, la entrega de dividendos a todas ellas; necesitaba, asimismo, el reparto "igualitario" del poder para que el conjunto de su base social no se resquebrajase. No obstante, nada más exigente que lo anterior, pues el proyecto del banzerismo no tenía esa dirección sino que se enfilaba hacia un proceso marcado de centralización del capital, que por su dinámica propia conducía a la centralización del poder. El banzerato era el territorio propicio para el fortalecimiento de las fracciones monopólicas del capital y para la eliminación, o en su caso debilitamiento, de gruesos sectores de capitales pequeños. Los sectores medios –especialmente de asalariados– y los grupos campesinos que se apresuraron a apoyar al régimen banzerista, vieron pronto cómo la dictadura no significaba ninguna solución para su penuria económica. Por el contrario, los confinaba en un nivel de vida mucho más reducido que en el pasado.

Las condiciones propicias para el desarrollo dinámico de la acumulación de capital –elevada cotización internacional de los valores de uso exportados por la economía boliviana y alta tasa de plusvalía absoluta– no se cristalizaron como un ágil proceso de reproducción ampliada del capital, ya que lo fundamental de la plusvalía producida no se transformó en pluscapital, sino que fue destinado al rédito del capitalista, esto es, a la ampliación desmesurada del consumo suntuario de la burguesía y de las alturas dominantes de la burocracia militar. Este tipo de conducción de la economía cortó las posibilidades de transformación técnico-material de las condiciones de funcionamiento del proceso laboral, por lo que impidió la elevación de la capacidad productiva del trabajo, trabando de esa forma la valorización del capital, con lo cual asfixiaba de modo lento al conjunto de la burguesía.

Por el lado de la economía, nos encontramos ante una modalidad de valorización profundamente centralizadora que, por las características "ratonas" de los capitalistas que no entienden el proceso de engendrar capital como movimiento, sino que lo visualizan como la obtención de la ganancia de hoy día, no conduce a la acumulación como concentración o incremento del capital en operación, razón por la cual tuvo que devenir en crisis económica. El ambiente de la crisis de acumulación de capital fue el terreno propicio para la desarticulación burguesa; más todavía, representó de modo cristalino el

alejamiento de las clases medias y el campesinado perjudicados por el modo de funcionamiento de la economía, acentuado por la política económica que ampliaba la centralización del capital y que, por lo mismo, profundizaba la pauperización de dichos sectores populares. La ratificación de la disolución de lo que fuera unidad en el momento del golpe, se realiza en 1974 con la salida –"expulsión"– del gobierno de los partidos políticos que le prestaron el apoyo civil, vale decir, el MNR y la FSB. Ya antes de su abandono formal, las bases emenerristas se alejaron del carro gubernamental por el impacto que sobre ellas causó el tipo de acumulación propiciado por el banzerato. Y no solamente por eso, ya que indicar esa sola causa sería caer en un mecanicismo económico, sino también porque dichas bases, como algunas de sus direcciones, recibían el influjo penetrante del desarrollo de la lucha de clases, que desde el lado del proletariado rechazaba –con su movilización y reorganización de modo tajante a la dictadura.

El desarrollo de las contradicciones sociales, en base a la independencia de clase ejercida por el proletariado y la crisis de acumulación de capital, imbricadas de modo dialéctico, confinaron en un aislamiento robinsonesco al gobierno militar, quitándole toda la base de sustentación social que poseía. Por otra parte, la serie de mediaciones estatales ideadas por la dictadura, que pretendían "incorporar" al aparato estatal de modo subordinado al movimiento obrero y popular, chocaron contra la barrera del nivel de conciencia y de lucha proletarios, que impidieron que el banzerato pudiera adormecer y utilizar a los explotados en favor de su proyecto. El rechazo organizado y combatiente de la dictadura realizado por la clase obrera atrajo tras de sí a la mayoría de los sectores sociales del país y arrinconó contra la pared al banzerismo, el cual no desarrolló la acumulación de capital y menos aún modernizó el aparato estatal, por lo que se fue quedando al margen de todo consenso, presa de una falta alarmante de legitimidad. Esta ausencia total de legitimación del banzerato, resultado de la lucha de clases, colocó en el territorio concreto de la realidad una germinal democracia real en las masas movilizadas, misma que se expresa de modo nítido en la reorganización y el poderío que lograron la COB y la FSTMB durante los últimos años de la dictadura.

NECESIDAD DE UN CAMBIO DE GOBIERNO

Las condiciones internas de desarrollo de la lucha social en Bolivia hirieron de muerte al banzerato y colocaron en el orden del día la necesidad del cambio de gobierno. Se demostraba al imperialismo que la aplicación de una política de carácter dictatorial para algunos países de América Latina, y en especial para la nación andina, se convertía en un negocio oneroso, puesto que ni dinamizaba el desarrollo de la valorización del capital, ni lograba modernizar el Estado burgués para que tuviera

mayor legitimidad. Por su parte, el imperialismo captó las condiciones objetivas del proceso de debilitamiento de las dictaduras, en particular el aislamiento del banzerismo, razón por la cual –no por el alma caritativa o por el espíritu personal cristiano, magnánimo y democrático de Carter– comenzó a agitar las banderas de una nueva política que se explicita en el Proyecto de Democracia Viable para América Latina, que se apresuró a lanzar en razón de las contradicciones existentes entre el capital norteamericano y el capital europeo o japonés, que ven en nuestro subcontinente un mercado propicio para la exportación de capital, siempre que existan condiciones de mayor estabilidad y garantía políticas, que suponen el funcionamiento de la democracia burguesa –recortada en sus aristas peligrosas–, a la que alientan para lograr las precondiciones que materialicen su inversión.

De este modo, no solamente la política oficial norteamericana tiene que ver con el desarrollo de la política boliviana, sino también la propia competencia interimperialista entre las fracciones del capital financiero internacional. Sin embargo, algo que es menester resaltar con bastante énfasis, es que esa conducta del capital internacional no viene como algo impuesto o pegado desde fuera al funcionamiento social boliviano –en el peor sentido de la "dialéctica" kantiana–, como una decisión carente de base en la realidad concreta de nuestros países, sino que, por el contrario, se nutre del movimiento interior del tejido social nativo y se revierte al mismo –del cual se origina–, respirando y actuando por el sistema sanguíneo-social boliviano, es decir, funcionando de manera interna a la sociedad, esto reafirma que el imperialismo no es algo que está afuera, sino en el interior mismo de la realidad boliviana. Sólo de esa manera se puede comprender al capital como totalidad, lo que no niega para nada la existencia de contradicciones entre fracciones del capital "nacional" con sus similares imperialistas ni, menos aún, la contradicción diferenciada en gradación, bajo el mismo contenido esencial, que posee el movimiento proletario y popular contra dichas partes del capital.

Si el imperialismo captó de modo objetivo la fragilidad y la muerte por inanición de la dictadura, proponiendo democratizar lo que ya se estaba democratizando de modo real por la irrupción obrera y popular, naturalmente que tuvo un acierto. En cambio no sucede igual en el caso de la "receta" que pretende aplicar en Bolivia, puesto que la salida electoral no es un camino político que esté apegado a la tradición y experiencia de los bolivianos; por el contrario, se trata de una vía extraña a nuestra dinámica social que se ha caracterizado, además, por su incapacidad para solucionar de raíz el problema del poder; cuando más, ha servido de preludeo a enfrentamientos mayores o de plano de representación de la lucha que busca mejorar la situación de la correlación de fuerzas, en favor de uno de los extremos de la contradicción, para asistir fortalecidos al examen –en las modalidades andinas–

decisorio del poder.

La dictadura pretendió utilizar la "receta" para prolongarse en el poder, ahora de una manera "constitucional", dado que mandó como candidato presidencial al mismísimo ministro del interior de Banzer; el cual fue vapuleado por el voto popular que eligió al representante de la UDP, Hernán Siles Zuazo (no por lo que significase en sí mismo este candidato sino como fiel reflejo de su rechazo radical a la dictadura). Como es obvio, para la poca tradición electoral boliviana, se impuso –en el escrutinio y no en la elección-- el ministro del banzerismo, por medio de un fraude de características tan burdas que ni el propio banzerato creyó en él; el candidato "victorioso" tuvo que tomar el gobierno por el mecanismo de un golpe de Estado que denunciaba el propio fraude electoral del cual era la "víctima gananciosa".

Tras lo pintoresco de los datos, asoma una vez más la chatura y la miopía de horizonte de la burguesía, ya que existiendo las condiciones reales que exigían la implantación de un gobierno con mayor legitimidad que el banzerista, lo cual presupone cierto consenso burgués y su unificación, sin embargo asistió a las elecciones con una acentuada fragmentación, escogiendo el camino –Pereda– que conducía a una mayor ausencia de la legitimidad. El nuevo régimen peredista quedó en la ridícula situación de no poseer ni el apoyo de la propia burguesía, que pudo percibir a posteriori su error, ni menos todavía el del movimiento obrero y popular. Este último, por su lado, no dejó pasar la coyuntura electoral sin aprovecharla para sí, puesto que la tomó –con mucha flexibilidad táctica– como otro lugar de enfrentamiento político que había que utilizar para avanzar en el camino de la reorganización y fortalecimiento de sus instrumentos sindicales y partidarios, así como para extender su radio de acción y de influencia.

Debe quedar claro, pues, que el gobierno de Pereda no resolvió la crisis del poder, ni confinó mayor legitimidad a la presencia militar en el uso del aparato estatal; lo único que hizo fue profundizar y hacer más extremas las contradicciones sociales existentes. Esta evidencia fue comprendida por las fracciones más despiertas de la burguesía, que veían la imperiosa necesidad de existencia formal de cierta cuota de democracia, así como por algunos sectores militares que pretendían el retorno de los uniformados a los cuarteles, para impedir la agudización del descrédito popular en que cayó la "institución tutelar de la patria". (De hecho estos grupos militares ya venían incubándose desde el banzerato y no pocas veces intentaron realizar golpes de Estado con esa intención, nada más que ahora contaban con el escenario social perfectamente acomodado para la consumación victoriosa de su propósito.) Un retorno, de todas maneras, que conservase el control real del poder, cediendo el uso del

aparato de gobierno a los civiles. Por su parte, el imperialismo también evaluó la situación y persistió en la formulación de la Democracia Viable, con lo cual dio luz verde, si no es que alentó, el golpe de Estado militar del general David Padilla, para que éste fuera el encargado administrativo de la aplicación –insistimos, mecánica y desconocedora de la realidad– de las medidas que generaran las precondiciones que posibilitaran las elecciones y de ese modo la "restauración" de la democracia, por la vía constitucional de las urnas, para resolver el problema del poder generado en Bolivia.

El gobierno de Padilla y de los uniformados por él presididos, aunque militar, es de una naturaleza diferente a los de Banzer-Pereda, puesto que significa la existencia de ciertas condiciones democráticas, no donadas por él sino conseguidas de modo real por las masas movilizadas, que allanan el camino a la "solución electoral" del problema del poder. Es el marco en el que se promueve la lucha por volcar la balanza de la correlación de fuerzas en favor de una de las fracciones en disputa; por lo tanto, es el terreno en el que la burguesía debe hallar su unificación y, asimismo, es el lugar donde el movimiento obrero y popular tiene que buscar la continuidad de su reorganización y fortalecimiento. Sin embargo, una cosa es lo que deben hacer determinados grupos sociales y otra muy distinta lo que llevan a la concreción. Veamos un poco más la presente afirmación; por el lado de la trinchera burguesa, si bien los preparativos de la elección condujeron a disminuir su fragmentación, sin embargo fue corto el camino que transitaron en pos de su unidad. Vale decir, la elección ratificó su incapacidad de lograr por sí misma su unificación. En cambio, podemos visualizar cómo el movimiento popular sí pudo lograr su objetivo táctico de fortalecerse y reorganizarse en torno a la COB y la FSTMB, que quedaron revitalizados durante este proceso, razón por la cual se convirtieron en factores efectivos de poder, de modo tal que su intervención se hacía necesaria para cualquier tipo de solución a la problemática estatal. El ascenso de masas incorporó además a su seno a un fuerte movimiento campesino, que ya después de la Masacre del Valle de 1974, respiraba los aires de la independencia y rompía de modo evidente los nexos del Pacto Militar-Campesino, que los había convertido, en la primera fase del banzerato, en una de las bases sociales del régimen dictatorial.

En su conjunción, la nueva fortaleza obrera adquirida en el proceso y la ausencia de unidad burguesa, resultante de la falta innata de lucidez de sus fracciones dominantes para aprovechar para sí la coyuntura –y no únicamente producto de la forma del desarrollo de la lucha de clases– empujaron al país a una situación en la que se podía observar de modo verídico los gérmenes de una democracia real. Son estos indicios de democracia real los que fueron puestos en la mira por los sectores derechizantes de las Fuerzas Armadas –para ser precisos, la mayoría de la institución armada– y obviamente por las

fracciones más reaccionarias y miopes de la burguesía, teniendo como lógica respuesta –desde su perspectiva– la necesidad de otro tipo de golpe de Estado que cortara el proceso democratizador para impedir las elecciones y promover el retorno del banzerismo al uso del aparato estatal. Esto quiere decir que el proceso tuvo siempre como elementos integrantes la posibilidad de la asonada militar –convalidadora de la tendencia golpista del ejército– y el camino electoral propuesto por las condiciones específicas de la coyuntura política vivida por el país.

Es bajo esas circunstancias que se efectuaron las elecciones convocadas por el gobierno de Padilla, teniendo como resultado el segundo triunfo de la UDP de Siles Zuazo y su segunda derrota por la vía del escrutinio, ya que de manera paradójica ganó con escaso margen de votos pero perdió de modo abrumador la mayoría parlamentaria, misma que sonrió con rictus complaciente a la fórmula del MNR de Paz Estenssoro. Sin embargo, esta segunda elección no es una calca mecánica de la primera, sino que es en lo formal la realización depurada y ya no torpe de un nuevo fraude electoral. En el contenido, es la demostración de un pequeño reagrupamiento burgués –en especial en torno a Banzer de lo más reaccionario de la burguesía– y la disminución de su peligrosa fragmentación; pero, por otra parte, es la insistencia de la conducta obrero-popular de fortalecimiento de sus organizaciones sindicales y partidarias. El enfrentamiento electoral no es concebido por el movimiento proletario como el método por medio del cual arribará al poder, sino que es considerado solamente como el instante coyuntural que le permite acumular fuerzas, razón por la cual no podía resultar victorioso en un territorio que no le corresponde. De hecho, las masas populares no votaron de forma absolutizante por determinado candidato, sino que lo hicieron por la ampliación de la coyuntura democrática; ése es el fondo explicativo de la votación popular, ya para la candidatura de Siles Zuazo, para la de Quiroga Santa Cruz (Partido Socialista) o la de los demás partidos de izquierda que acudieron a reclamar el voto popular. Éste avanzó más lejos en cuanto al nivel de exigencia política, puesto que no fue exclusivamente voto antidictadura como en la primera elección, sino que profundizó en conciencia y en exigencias programáticas, conduciendo a una discusión de posiciones políticas en el seno mismo de la izquierda; sin embargo, no fracturaba la unidad de la COB y FSTMB, al contrario, la convalidaba en un territorio de mayor nivel político.

Que haya disminuido la división burguesa no debe interpretarse linealmente como la existencia de su unidad. Por el contrario, el resultado electoral mostró que la pugna interburguesa no llegó a dirimirse. (Al hablar de la lucha entre la burguesía, no se nos debe malinterpretar en el sentido de ausencia de participación obrera en la coyuntura; lo que sucede es que su actuación tiene un contenido

diferenciado, debido a que su objetivo inmediato no es la toma del gobierno, para lo cual no tiene condiciones objetivas, sino únicamente la acumulación de fuerzas para la creación de condiciones que conduzcan a la sociedad a una crisis general, momento en el cual pueda destrozarse de raíz el Estado burgués y consumir sus objetivos estratégicos.) En la realidad, se dio un "empate" entre los contendientes. Ni uno ni otro podían tomar el poder por la falta de consenso de que adolecían; en caso de que cualquiera de ellos (Siles o Paz) hubiera pretendido copar por sí solo el gobierno, habría tenido escasas posibilidades para lograr legitimidad, conduciendo a una crisis mucho más profunda de la sociedad y de su aparato estatal, lo cual para el caso boliviano significa la cercanía del proletariado a la toma del poder. Por ende, las fracciones burguesas en disputa debían imponerse mutuamente una elevada cuota de "cordura de clase" para no entregar la situación en bandeja de plata a sus oponentes esenciales. El ejército, por otra parte, en este momento específico no contaba con las condiciones exigidas para pasar de "árbitro" a dueño de la situación, es decir, no poseía los ingredientes necesarios para consumar un nuevo golpe de Estado que, no obstante, ya estaba latiendo en sus entrañas; por la sencilla razón de la presencia de un vigoroso y combatiente movimiento obrero organizado y por la propia subsistencia de la división dentro de la burguesía. De otro lado, el proletariado, aunque revitalizado, no había llegado aún a tener un grado de fuerza orgánica que pudiera permitirle empujar la coyuntura a una situación insurreccional; tampoco para él existían las precondiciones necesarias para el asalto al poder. Efectuar una acción de ese tipo habría significado evaluar de modo erróneo el momento concreto y dilapidar de modo infantil todo el alcance político-reorganizativo logrado durante el proceso que exponemos.

Si el "empate" no podía transformarse en victoria efectiva de ninguno de los actores del teatro de la realidad, por supuesto que una institución que no tiene ninguna raíz, credibilidad, ni aceptación práctica en la política boliviana, sino que, por el contrario, es ajena a ella, no podía sancionar una cosa opuesta. El parlamento, pues, no podía decidir lo que la lucha social no hizo; en consecuencia, no tuvo otra alternativa que decretar y ratificar lo que fue el veredicto de la realidad social. Ese "empate" se llama Walter Guevara Arze. Su gobierno no es otra cosa que la administración de esa "paridad"; pero este administrador del poder, a diferencia de lo que fuera el general David Padilla, no tiene el aval de las armas, vale decir, es la sustantivación más extrema de lo que puede ser un gobierno frágil, desprovisto de apoyo político de todo sector social, incluso de los partidos políticos representativos de estos sectores. No es solamente un gobierno "interino" que debe preparar la próxima contienda electoral que defina la crisis de poder, sino que es la manifestación más descarnada de la "inviabilidad" de la "Democracia Viable", entendida en los términos del imperialismo, que de manera mecánica pretende

forzar una salida "constitucional" por la vía de las urnas, camino que –insistimos– es extraído al quehacer político boliviano.

Guevara Arze debe ser comprendido también como el resultado de la fragmentación burguesa y de la existencia de un movimiento obrero fortalecido alrededor de la COB y FSTMB, de la presencia naciente de cierta democracia real en las masas que pretende ser profundizada por el polo proletario y que requiere ser negada por determinadas fracciones de la clase capitalista. A la vez, debe ser entendido como el nuevo escenario en el cual se reproducirá la lucha de clases para modificar la correlación de fuerzas. Sin embargo, resulta contradictorio y peligroso que se desarrolle el enfrentamiento de clase en torno a una cúpula estatal que, si bien representa a la burguesía, sólo tiene un carácter provisional; y además, por la fragilidad que posee, no asegura a cabalidad el cumplimiento de los objetivos del capitalismo. Un gobierno anémico de tal naturaleza es objeto de las asechanzas de todos los sectores burgueses que pretenden el uso del Estado en beneficio de sus exclusivos intereses grupales. Es una invitación abierta para la conspiración de cualquier fracción capitalista que desee copar y dominar para sí el poder, ya no con carácter provisional, sino con un apoyo real que la proyecte de modo seguro en un horizonte de mayor extensión temporal. Es, asimismo, la alfombra tendida para que el propio régimen de Guevara Arze, en busca de algún sostén real –y así sucedió en efecto– entregue partes importantes del poder a los grupos que le garanticen dicha sustentación social, con la cual rompe su contenido definitorio que es el "empate" logrado en la elección y coloca en contra de su gobierno a los sectores capitalistas y sus partidos desfavorecidos por el reparto del poder.

EL PUTSCH DE NATUSCH

No pocos sectores de la burguesía, en especial las fracciones monopólicas del capital, repararon en el desgaste que sufría el aparato estatal bajo las circunstancias analizadas, advirtiendo el peligro que implica el dominio burgués en un marco de esta naturaleza que brinda "demasiadas libertades" al movimiento obrero para que se organice y para que ponga en conflicto el propio carácter del Estado. Su evaluación de la realidad los condujo a madurar la idea de romper el "juego" electoral que no había conducido a la solución de la crisis de poder en que se hallaba sumida la sociedad boliviana; por lo tanto, percibieron la necesidad de un gobierno "fuerte". Los requisitos para el logro de una forma gubernamental del tipo señalado requerían un conjunto de precondiciones ineludibles, entre las cuales indicamos las siguientes: a) consenso militar y de la burguesía, lo que presupone la unidad del ejército para la consumación del proyecto. Esta inexistencia de fisuras en el instituto castrense supone por otro lado, como condición básica, la unificación y el consenso de las diferentes fracciones de la burguesía;

b] apoyo civil real de grupos sociales y de sus respectivos partidos políticos representativos, no únicamente la adhesión de multiplicidad de siglas; c] desorganización y debilidad del movimiento obrero y popular; d] aprobación y apoyo imperialista, en especial, de la embajada norteamericana para la realización de la empresa.

Veamos ahora cuáles de los presupuestos fueron cumplidos por el intento golpista del coronel Natusch Busch, para cristalizar victoriosamente la asonada militar:

a. Ya expresamos que la institución militar no es ninguna emanación celestial –risueñamente diríamos que es todo lo contrario– dado que el movimiento de la realidad social y de la lucha de clases penetra con alguna fuerza en su interior, mucho más si consideramos que el ejército boliviano no tiene una conformación oligárquica, sino que se nutre de sectores sociales de clase media baja. Así, no es extraño que a lo largo del banzerato se hayan desarrollado pequeños sectores "institucionalistas", mismos que tuvieron una acción determinante en el golpe del general Padilla. Estos grupos de uniformados crearon fisuras dentro de la siempre mencionada "unidad" de las Fuerzas Armadas, ya que rompieron el consenso unitario para defender el golpe. Naturalmente, esta disidencia sólo se puede manifestar cuando la lucha obrera y popular está en alza y no cuando se encuentra acallada por la represión; además, el límite de la disidencia es el punto en el cual no se pone en peligro la existencia de las Fuerzas Armadas. Claro está, estos militares tenían todo el contexto social a su favor para emitir su opinión contraria al golpe. (Aunque la misma quedaba oculta en los comunicados "oficiales" iniciales que daban cuenta del "espíritu unitario" militar que animaba al golpe.) Por su parte, otras fracciones burguesas no se atrevían a comprometerse de modo abierto con el golpismo, no precisamente por su "profundo carácter democrático", sino simplemente porque consideraban la inviabilidad coyuntural para su realización; por ese camino eliminaban también el necesario consenso burgués para el éxito de la empresa golpista.

b. El apoyo efectivo de grupos civiles pasaba por la condición de la reunificación real del MNR (fracciones de Paz y de Siles), con lo cual se habría logrado una fuerte base de sustentación social al proyecto de consecución de un gobierno "fuerte". Este ingrediente era de extrema importancia, no sólo porque legitimaba la toma del poder ejecutivo por los golpistas, sino, además, porque le abría el camino para "apropiarse" del parlamento, debido a que con las bancadas de las fracciones del MNR –más la banzerista– tendrían el dominio apabullante del legislativo. Los fracasos de las dos elecciones crearon en las bases emenerristas de los dos grupos la conciencia del imperativo de la reunificación de su partido, para así poder acceder al control del aparato estatal. No obstante, esto iba a ser un proceso más

lento que el que podían concebir sus direcciones burocráticas. Debido a esto es que el golpe encontró en connivencia a las más altas direcciones del MNR de Paz y de Siles, las cuales, separadas de su base, creían que la "unidad" por ellos firmada ya estaba transmitida por obra y gracia del espíritu santo a las masas movimientistas. Sin embargo, la realidad con su terquedad característica se encargó de demostrar todo lo contrario. De todas formas el intento poseía alguna racionalidad, razón por la cual quedamos tentados de afirmar que lo que hizo el golpe al estallar fue abortar el proyecto concebido para controlar el gobierno y conferirle una naturaleza "fuerte" como era la prefiguración de sus ideólogos. Y murió al nacer, sencillamente porque consideró consumadas las condiciones para su realización, cuando en realidad, apenas se encontraba en el tramo inicial para su consecución.

c. El movimiento obrero y popular, que había realizado sus congresos más importantes ratificando el principio de independencia de clase y su dirección estratégica hacia el socialismo, como pocas veces antes se hallaba en una situación de claridad política y de fortaleza organizativa, hecha un monumento granítico en la COB, que la convertía en elemento de poder real, máxime si consideramos que tenía un privilegiado ánimo de lucha y de combatividad que lo ubicaban como el pivote central de la defensa de la democracia. Lo que era potencia se convirtió en acción impresionante, cuando la huelga general decretada por la COB paralizó íntegramente al país por espacio de varios días, repudiando el golpe y manteniéndose en el principio de no comprometerse con un gobierno ajeno al de la clase obrera.

Las manifestaciones y barricadas que hicieron inexpugnables los barrios populares, la preparación militar en las minas, demuestran el grado de combatividad con que actuó el movimiento popular de repulsa a los golpistas. Sin duda alguna, la COB movilizó tras de sí al pueblo entero e incluso al parlamento –dentro de él a bastantes fracciones de la burguesía–, conduciendo a una situación en la que, una vez más, la contradicción de clases se presentaba sin intermediación alguna y de manera pura como el enfrentamiento entre la COB y el ejército, una como el instrumento organizador de los explotados y el otro como el unificador de la burguesía, una como portadora de la tendencia de las masas a rebasar el Estado que las subordina y el otro como la sustantivación de la tendencia al golpe de Estado que posee, por las condiciones objetivas de desarrollo de la sociedad boliviana, el aparato represivo de la burguesía. La insistencia en la consolidación del golpe por parte del ejército significaba no otra cosa que lanzar más leña a la hoguera preinsurreccional que estaba encendiendo el movimiento proletario y popular al defender los grados de democracia que él mismo había engendrado con su lucha combativa. Tampoco la segunda condición fue cubierta, pues, ni en mínimo grado, para presentar el campo abierto a la gestación del llamado gobierno "fuerte".

d. El proyecto de "Democracia Viable" tenía como conejillo de indias al país andino; ésta era la nación elegida para la experimentación. El imperialismo no podía darse el lujo de fracasar en lo que pretendió ser un modelo para enseñado a sus demás súbditos latinoamericanos. Como no es tan purista ni "hombre" de principios, podía renunciar a ello si es que las condiciones internas del proceso político boliviano hacían "viable" este camino negador de su "democracia viable"; por lo tanto, podían agachar la cerviz ante un proyecto coherente que internamente mostrase su fortaleza, así viniera por la vía del golpe de Estado. Pero como esto no ocurría tuvo que "sacrificarse" por defender la democracia y colocarse en manifiesta oposición al golpismo de Natusch Busch –no al golpismo en abstracto–. Otro tanto aconteció con los otros países imperialistas que no dieron su reconocimiento al nuevo régimen. Por otra parte, las condiciones de evolución hacia la democratización de nuestros países concebían como contradictorio, negador y "oveja negra" de ese proyecto lo acontecido en Bolivia, razón por la cual el militar Natusch quedó en la triste condición del "Coronel no tiene quién le escriba" cartas de reconocimiento oficial y, por ello, en un estado de completo aislamiento internacional. Así, pues, tampoco el tercer requisito fue llenado.

El incumplimiento de las precondiciones para la cristalización de un gobierno "fuerte" es la explicación de la falta de éxito del golpe de Estado comandado por Natusch Busch. Pero es necesario ahondar un poco más en el contenido real del "fracaso" golpista. Por una parte, no cabe duda de que se trata de una importante victoria de las masas populares dirigidas por la COB (y con ella, sus partidos), cuyo resultado indica que para la realización de asonadas militares no se debe dejar de considerar la situación de fuerza que posee el movimiento obrero; lo contrario significaría, no otra cosa que un jugueteo aventurero de los uniformados para tomar el poder, que bajo ciertas circunstancias, en lugar de acercarlos al dominio del aparato estatal, podría engendrar el caldo de cultivo para la generación de condiciones preinsurreccionales que avecinan al proletariado a la desorganización del Estado capitalista.

Sin embargo, el sabor dulce que queda en los labios de la clase obrera se convierte de manera rápida en acidez, cuando consideramos que la victoria consistió, exclusivamente, en detener *este* golpe y no en vencer de modo tal a la burguesía. Victoria fugaz, pues, debido a que no la debemos interpretar mecánicamente como *derrota* burguesa con mayúsculas, puesto que en rigor lo que hizo esta clase fue efectuar una retirada táctica, que tras de la emoción de la movilización popular enseña cómo perdiendo se puede ganar. Las fracciones militares golpistas tomaron el control absoluto de los altos mandos del ejército, confinando y desterrando del control de tropa a los escasos grupos institucionales y, por otro

lado, en no pocos sectores capitalistas ligados al golpismo concluyeron dominando de modo tajante el gobierno constitucional "interino" de la presidenta Lidia Gueiler. Es por esta razón que el proletariado boliviano y sus aliados mantienen su independencia de clase, lo cual quiere decir, en esta coyuntura concreta, que no se convierten en el soporte social del nuevo gobierno. Una cosa es que hayan rechazado el golpismo de Natusch por defender la democracia, y otra muy diferente que ello signifique su apoyo tácito a esta nueva modalidad de control burgués del Estado. La comprensión de la situación actual de las contradicciones sociales conduce a aseverar que este tipo de triunfos del movimiento obrero son apenas medias victorias y ya sabemos que por esencia estas mitades de éxito jamás pueden conducir por sí solas a la destrucción del aparato estatal capitalista. Por suerte –que no corresponde al azar, sino al tipo de conciencia y práctica políticas que tienen los explotados en Bolivia–, el movimiento revolucionario del altiplano tiene conciencia de esto.

Otra resultante del golpe es la demostración de que las fracciones burguesas nativas del golpismo evaluaron de modo torpe las condiciones objetivas para la realización de su proyecto, motivo por el cual no lograron los resultados exitosos apetecidos. Sin embargo, esta conducta es el señalamiento positivo del camino que insistentemente escogerán para tomar el control del Estado y representa, a la vez, la presión de los capitalistas andinos al imperialismo, para indicarle cuáles son los métodos específicamente bolivianos para encontrar una solución más o menos estable para la crisis de poder por la que atraviesa el elemento sintetizador de la sociedad. Significa, asimismo, la acusación burguesa al proyecto de "Democracia Viable" que por el camino electoral pretende diluir la problemática de poder en la que se halla sumida Bolivia y cuyos resultados no son otros que seguir abonando el campo propicio para que el proletariado se siga potenciando.

Si bien dijimos que el golpe al fracasar, de manera paradójica, resultó victorioso, no obstante, es necesario que aclaremos que dicho triunfo no fue total, así como no solucionó de manera radical la crisis de poder, ni menos todavía consiguió la unificación de la burguesía y de los militares. Esta razón es la que explica por qué la lucha social sigue desarrollándose con caracteres acusados, para que las clases en pugna mejoren su situación en la correlación de fuerzas. Es ése también el motivo por el cual continúa presente la convocatoria a elecciones para "solucionar" por la vía de las urnas el *impasse* de poder, así como continúa la convocatoria a la realización del golpe de Estado para dirimir por otro camino la misma problemática. En suma, diríamos que siguen siendo las condiciones de debilidad de la burguesía boliviana –que precisa del ejército para su unificación–, la anemia de su aparato estatal, así como la tremenda fortaleza y claridad política del movimiento organizado, los elementos nodales de la

explicación de la fragilidad de los gobiernos bolivianos y de las tendencias golpistas existentes en el seno de las Fuerzas Armadas y la tendencia al socialismo del proletariado de nuestro país.